«¡Tus caminos, Señor, son una locura! Me desgarran;
sin embargo, son los únicos que quiero seguir».

María Cecilia Perrín de Buide (1957-1985)

María Cecilia Perrín nació en Punta Alta, en la provincia de Buenos Aires (Argentina), el 22 de febrero de 1957. Hija de Angelita y Manolo Perrín, creció en el seno de una familia cristiana que le inculcó el amor por la humanidad.

Cecilia era menuda, de ojos vivaces, alegre y dinámica. Cuidaba mucho su aspecto personal y le encantaba vestir a la moda.

En la universidad comenzó tres carreras diferentes, pero finalmente descubrió su pasión por la enseñanza.

El 20 de mayo de 1983, Ceci y Luis Buide se casaron, después de haber sido novios durante dos años. Varios meses después, Cecilia quedó embarazada. La joven pareja recibió la noticia con alegría, sabiendo que una nueva vida comenzaba a crecer en su interior.

En medio de la alegría que les despertaba la próxima llegada de un nuevo miembro de la familia, la pareja tuvo que afrontar una de las pruebas más difíciles de su vida. En febrero de 1984, durante los primeros meses de embarazo, a Cecilia le diagnosticaron uno de los tipos de cáncer más graves. Desde ese momento, se abrió ante Ceci un nuevo camino que la llevaría a descubrir el maravilloso sentido de la vida y el amor de Dios.

Los médicos confirmaron que la enfermedad era irreversible y propusieron realizar un aborto terapéutico para poder iniciar los tratamientos necesarios contra el cáncer. Como siempre había amado profundamente la vida, Cecilia rechazó cualquier procedimiento que pudiera dañar al bebé, aunque eso significara que el cáncer continuaría avanzando.

Cecilia amaba la vida: la suya, la de su hija por nacer, la de su familia y la de todos. Por eso decidió ver su enfermedad como una oportunidad para crecer espiritualmente y acompañar a quienes estaban cerca de ella en ese camino.

A medida que tomaba más conciencia del avance del cáncer, Ceci se confiaba más profundamente al amor de Dios. Un día escribió: «Hoy… pude decirle “Sí” a Jesús: que creo en su Amor por encima de todo, que este es su Amor por mí, que me entrego a Él».

En julio de 1984 nació la hija de Ceci, María Agustina, a quien colmó de amor. Incluso en medio de sus sufrimientos físicos y espirituales, quería que su hija experimentara plenamente la alegría de vivir. Por eso, Cecilia aceptó que su hermana cuidara de la niña, para evitarle un recuerdo doloroso.

Quienes vivieron esta experiencia junto a Cecilia dan testimonio de que, más allá del sufrimiento que atravesaba, ella irradiaba vida. Aunque sabía que la enfermedad estaba venciendo a su cuerpo, en su experiencia espiritual la vida trascendía el plano terrenal.

Cuando ya no pudo hablar, comenzó a escribir cartas para comunicar lo que vivía en su alma. Todos sus escritos expresan los profundos efectos que tuvo en su vida reconocer el amor en cada sufrimiento. Sostenida por su fe cristiana, por el amor de su esposo, familiares y amigos, y por la fortaleza de quienes, como ella, habían elegido reconocer el amor de Dios en cada situación, incluso en el sufrimiento, Cecilia comprendió lo que había dicho una de sus hermanas: «¡Vale la pena vivir hasta el final!».

Cecilia falleció a los 28 años, el 1 de marzo de 1985. Dejó una huella de amor incluso en quienes no tuvieron la oportunidad de conocerla en persona y hoy se acercan a ella a través de su historia de vida.

Desde entonces, Cecilia ha sido proclamada Sierva de Dios y su causa de beatificación está en proceso. Su cuerpo descansa en Mariápolis Lía, en O'Higgins, Buenos Aires, tal como ella lo deseaba. Cecilia quería que quienes visitaran su tumba encontraran un lugar lleno de esperanza, alegría y paz.